

El suplicio de los gatos

NELSON LLANES



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Imagen de cubierta: *Tarde en Karl Johan* (1892),
de Edvard Munch.
© Nelson Llanes, 2021
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2021

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*¡Ah, vaya mundo que pisoteaba la verdad como
pisoteaba a los borrachos!*

Malcolm Lowry

EL PUENTE DE BURRARD STREET

Traían la gran maquinaria desde Vancouver. Habían salido temprano. La ciudad quedaba a más de dos días de distancia. Los dos hombres, uno de cabellos blanquecinos y mirada torva, y el otro mucho más joven pero con rasgos similares, alternaban la conducción del inmenso camión articulado. El peso del equipo se reflejaba en la pereza con que los neumáticos se arrastraban vacilantes sobre el pavimento. Disponían de tres días para entregar el artefacto. Pasado ese período sólo se les pagaría la mitad de lo convenido. El tiempo se había deteriorado y estaba en camino una tormenta. La temperatura caía por debajo de los 32° F y una persistente ventisca humedecía el parabrisas del camión. El viejo encendió la calefacción y se hizo visible el camino, que comenzaba a recibir los primeros cristales de hielo como luciérnagas disparatadas. Eran casi las 6 de la tarde y les aguardaba un gran trecho. Sabían que mientras más aprisa fueran mayor posibilidad tenían de dejar rezagada la tormenta, pero el excesivo peso

de la carga no ayudaba. ‘¡A quién se le pudo ocurrir construir algo tan pesado!’ , quiso decir el viejo, e inmediatamente supuso que el muchacho no comprendería sus quejas, por lo que continuó mirando al frente, tratando de alejar las terribles ideas que ensombrecían su mente. Poco a poco el cielo comenzó a desterrar las escasas luces y en un breve plazo la claridad desapareció. Para Burrard Street Bridge faltaban unos seis kilómetros. Le había advertido al muchacho que detuviera el camión antes de entrar en él. Como siempre, reía y profería alguna críptica frase que el viejo no se preocupaba por descifrar. Se acordaba cuando el muchacho era un niño y corría entre los pastizales, mientras él se hundía en el temor de que se extraviara en aquella especie de vello rapaz. No fue hasta que cayó en el pozo que su preocupación se convirtió en pánico. El mismo temor sentía ahora cuando estaban a 800 metros del puente que se elevaba sobre las aguas del mar. Fue entonces cuando le miró fijamente y le ordenó detener el camión. El joven lo miró por primera vez de soslayo. ‘¿Acaso eres mi padre?’. Seguidamente sospechó que estaba resuelto a cruzar el puente. ‘Recuerda que lo importante es la maquinaria’. Aunque no se lo dijo, conforme otras cosas que no se atrevía a confesar, se sintió regocijado con la abrupta decisión. ¡Cuánto había esperado por aquel arranque de osadía!, si bien hubiera preferido un escenario más propicio. El viento runflaba, con insistencia zarandeaba el camión, impedía su

avance y desperdigaba lluvia helada. La risa del muchacho se volvía insistente. El viejo comenzó a percibirla con preocupación. La carretera se escurría debajo de las inmensas ruedas. “Más despacio”, volvió a ordenar. “El peso de la carga no te dejará frenar. Por esta zona suelen haber osos extraviados”. En pocos minutos la tormenta había sobrepasado las ráfagas intermitentes y cobrado mayor fuerza. El puente se acercaba, y el joven dejó de sonreír contemplando con mirada gélida cómo sus manos se aferraban al timón con la misma fuerza con que sus dientes rechinaban. Las copas de los árboles se arqueaban y el ruido que producían superaba el sonido del motor. El corazón del viejo se aceleró cuando creyó ver murciélagos que eludían la tormenta. Faltaban solo unos metros y el puente era un espectro. Ni siquiera las estrellas mostraban el silencio de su luz. Un ruido hizo que el camión se estremeciera, debajo se sentía la convulsión de cada molécula de hormigón. El joven abrazado al timón adoptó la postura de un animal. Las luces diezgadas del camión mostraban un angosto rectángulo que presumiblemente se alzaba sobre el océano. Tendría que buscar una soga suficientemente larga y rescatar al muchacho que daba voces de espanto. El viejo comenzó a descender entre las sombras que se hundían en aquella prisión. Algunos vecinos le ayudaron a sostener la cuerda. “Tranquilo que ya llego”, se le escuchó decir. “Tiren con cuidado”. Poco a poco la soga fue deslizándose por el borde

del pozo hasta que la pequeña cabeza del muchacho se reunió de nuevo con la luz. Todos los que se habían congregado contemplaban el milagro.

EL ESPEJO

Él, en cambio, por alguna razón había pasado desapercibido. Era ya el momento de la tácita rebelión, de correr la misma suerte que sus congéneres y demostrarse a sí mismo que no era un bicho raro. Después de dar un amplio recorrido y atravesar las altas montañas, arribó a la zona donde el gran río se bifurca en múltiples afluentes, en cuyas márgenes los cazadores de estación improvisan sus endebles y portátiles tiendas de campaña, y permanecen hasta que el invierno desdibuja las hojas de los árboles con sus primeras deposiciones. En cuanto avistó las primeras señales humanas se desplazó con un vuelo rasante sobre las geométricas construcciones. Era aún muy temprano. Todo estaba a merced del despertar. Bajo una tenue capa de rocío crepitan los rescoldos de una hoguera que había servido de comburente para cocer alguna presa del día anterior. Unas plumas blancas similares a las suyas yacían desparramadas junto a los restos del carbón; los vestigios de sangre estaban vivos. Un temor se apoderó de él al sentir lo que sus

compañeros debían experimentar siempre que se encontraban en una situación similar. El susto de la adrenalina siguió a la premonición, pero faltaba el disparo, uno solo, rotundo, malintencionado, y por qué no: certero. Lo que para ellos eran las primeras esencias del café, para él fue un augurio de la aparición de su ansiada presa. Sobre un roble contempló cómo los perros salían de su escondite poniendo a prueba sus olfatos al dirigirlos repetidamente a los cuatro puntos cardinales. ¿Acaso lo olían o advertían su repentino acecho? ¿Qué diferencia había entre estos perros domesticados y los insaciables gavilanes a los que nunca les interesó su presencia? En cuanto los cazadores se dispusieron a avanzar con sus escopetas en ristre se precipitó de la rama, y dibujando una atrevida escaramuza cruzó por encima de sus cabezas sin despertar el más mínimo sobresalto. Varias veces repitió la operación con el mismo resultado, si bien cada intento era más osado. Decepcionado tomó un rumbo contrario al que siguió la comitiva hundiéndose los vientos con obstinada bravura durante días, como la veleidosa cometa que despeina el aire con porfía. Solo él sabía lo que buscaba, no podía tolerar la indiferencia aunque en ello le fuera la vida. Tan pronto como divisó la primera mancha de agua, descendió, y una vez junto al reposado espejo de una insignificante laguna se dispuso a contemplar la misma figura que tantas veces se había negado a observar con aplomo. Y para su sorpresa, nada reflejaba el espejo.

ÍNDICE

El puente de Burrard Street / 9

El espejo / 13

Ismenia / 15

Estudio 2 / 17

La conserje de Buren / 21

La boca de pez / 27

La fila de los bancos / 33

Anatomía de un anzuelo / 35

La solución final / 39

El gran Timo / 43

Nueva Era / 47

Modelo inverso / 51

Primera línea / 53

La Fontana de Oro / 59

Diario de un relámpago / 65

El hombre de las alturas / 67

La factura / 73

La rueda de la fortuna / 77

El último acto / 83

El pájaro azul / 87
La otra caja / 91
Kilómetro siete / 95
La diligencia / 99
La casa del té / 105
El tio vivo / 109
Gastón / 115
Laurel y tomillo / 123
Punto de partida / 129
La armónica / 133
La cuadra / 137
El discípulo / 143
Sol naciente / 147
El destino de la merluza / 153
Lucifer & sons / 159